

## El evangelio o el tricornio

**Alfredo Sanjuán Ferrer**  
Enfermero



**E**l día ocho de diciembre contemplamos al Papa Benedicto XVI callarse, satisfecho, un tricornio. Ni el personaje ni el capirote militar

me interesan. El evangelio, sí.

Me enseñaron que al celebrar la Navidad se conmemora la encarnación del hijo de Dios que nació pobre (Lc. 2,7-24), vivió menesteroso (Mt. 8, 18-22; 17,27) y murió en total desnudez (Jn. 19,23-24).

Al acercarse con respeto al evangelio se descubre esa forma de vida que, en palabras de Belem Gopegui, no es la de estar pendiente del propio, exclusivo y excluyente interés. Una forma de vida que poco tiene que ver con la existente.

Los hebreos del antiguo testamento, enfatiza Snaith, no dicen que Yahvé es o que Yahvé existe, sino que nos describen lo que hace.

Dios es un acontecimiento histórico, es el cumplimiento cabal de la "promesa" (Dt. 26, 5-9).

Según Jürgen Moltmann,

es la palabra de la promesa la que crea el cor inquietum, la inadaequatio rei et intellectus. Mediante la promesa, que es el anuncio navideño, el hombre, que se encuentra en medio de las tinieblas del sufrimiento y de la desesperanza, descubre las posibilidades liberadoras del futuro y que el orden establecido se puede traspasar. Así, las primitivas comunidades cristianas vieron en Jesús el acto liberador de Dios que culminaba la promesa; una acción tan radical que Juan 3,3, denomina nuevo nacimiento.

La fe en Jesús inaugura en el creyente un existir distinto: «El que tenga dos túnicas que las reparta con el que carece de vestido y el que tenga para comer que actúe igual» (Luc. 3, 11). «Nadie puede servir a Dios y a las riquezas, como no se puede servir a dos señores» (Mt. 6, 24). Un hombre que cumplía a la perfección los mandamientos y preguntó a Jesús: «¿Qué debo hacer para salvarme?» dicen los evangelistas que el Maestro

**... la Iglesia no puede ser neutral, pues la única corona que cubrió la cabeza del Maestro fue la de las víctimas: la de espinas, que nada tiene que ver con las tiaras, los birretes, los solideos, las mitras y los tricornios**



**Los hebreos del antiguo testamento, enfatiza N. H. Snaith, no dicen que Yahvé es o que Yahvé existe, sino que nos describen lo que hace. Dios es un acontecimiento histórico, es el cumplimiento cabal de la "promesa"**

**Allá donde se oprime y se aniquila al hombre, allá se crucifica y mata a dios. En el juicio final no se reconoce otro justo que aquel que repartió su pan, su vestido, su casa y su corazón con los necesitados (Mt. 25, 37-46)**

le dijo: «Una cosa te falta: vete, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres» (Mt. 10, 17-27).

Jesús, al que el padre santificó y envió al mundo (Jn. 10, 36) a anunciar a los pobres la buena nueva y a proclamar la liberación de los cautivos (Lc. 4, 18 ss.; Is. 61, 1-5), fue crucificado por la Roma eterna. La ley y el orden se enfrentaron a la palabra de Jesús como presencia amenazadora en medio de la historia.

El Cristo muestra una parcialidad total por los que sufren, hasta el punto de identificarse con las víctimas

(Mt. 25, 35-36; 25, 40). El Mesías, asegura Rubem A. Alves, es la encarnación de la protesta de Dios contra el sufrimiento creado por el hombre. Los instrumentos del opresor, sus herramientas de dominación, el yugo que pone sobre el cuello del hombre, la vara con que pega al esclavo (Is. 9,4), las botas de marcha de los soldados, las ropas ensangrentadas, las espadas y lanzas de aquellos que fomentan las guerras (Is. 9,5; 11, 4), tienen que ser destruidos, convertidos en combustible para el fuego.

Allá donde se oprime y se aniquila al hombre, allá se crucifica y mata a Dios. En el juicio final no se reconoce otro justo que aquel que repartió su pan, su vestido, su casa y su corazón con los necesitados (Mt. 25, 37-46).

Los apóstoles fueron los encargados de transmitir esta "noticia" y, para no traicionarla, el Cristo les previno: «No os procuréis oro, ni plata,

ni cobre, ni alforjas para el camino, ni túnicas, ni sandalias, ni bastón» (Mt. 10, 9-10).

El incansable Pablo de Tarso, fiel a semejantes instrucciones, aseveraba a los corintios: «Morir antes que mendigar, para asegurar la libertad del evangelio» (1 Cor. 9, 15; Ecl. 40, 28). Y es que, como expone

Johann Baptist Metz, no basta con murmurar la buena nueva con ritos ininteligibles en los rincones de los templos sino que hay que hacerla. El mundo, en que esa verdad ha de estar presente, debe cambiar también bajo su efecto. (Mt. 15, 33).

En una sociedad donde persiste la injusticia, la opresión y el hambre, la Iglesia no puede ser neutral, pues la única corona que cubrió la cabeza del Maestro fue la de las víctimas: la de espinas, que nada tiene que ver con las tiaras, los birretes, los solideos, las mitras y los tricornios.

### LA GUINDA

Ángel Paz Rincón

#### simpapeles

**L**a burocracia empezó hace muchísimos años. Con el invento de la escritura en la época de Hammurabi, la costumbre pasó a ser norma. Luego, los romanos desarrollaron el derecho. La norma se estrecha entre los reglones escritos en papiro, pergamino y, más tarde, en papel chino.

La reproducción de los primeros escritos se hace en las reglamentadas bibliotecas monacales: se prohíbe la lectura en voz baja y se autoriza una sola versión de la Biblia. El nihil obstat es obligatorio. La religión, el poder estatal y la norma van paralelos. Cada cual con su poder burocrático e impositivo de identidad. Concordatos entre estados cesaropapistas.

A partir de la Ilustración, el poder se hace más poderoso; la religión da paso a la razón: Ateología. Recoge el testigo para controlar el ámbito con más futuro: la ciencia. La verdad es Una. La polisemia creativa ha desaparecido. La uniformidad, el uniforme, siempre ha sido un recurso para impresionar, re-presión externa e interna a los sujetos.

Con la modernidad el Estado burocrático engorda. Los derechos se comprimen en legajos, la herencia en testamentos, la cultura en libros de texto, la religión en partidas de bautismo, la educación en exámenes, el conocimiento en créditos, la enfermedad en protocolos. Los maestros aprenden en "la Normal" a enseñar la norma teniendo en cuenta las normas. La identidad es un documento digitalizado que trasfiere su poder al sujeto. Aquello del debilitamiento del estado, proclamado por el neoliberalismo, es sólo una cortada, se ha quedado con el poder evaluador y legitimador.

Hoy la burocracia ha dado un paso cualitativo: tiene posibilidad de definir la identidad de los sujetos por su no-presencia. Allí donde no está presente, la realidad está vacía. Los sujetos son don nadie. Son algo, pero el Estado les ha transferido identidad en un acto burocrático negativo. Criaturas del Estado que, a la vez, les impone la condición de non-natos. Identidad de número negativo. Este reconocimiento de su no reconocimiento les impide trabajar y en esta sociedad de consumo/producción, el improductivo, el vago... "es malo". Es una mala maldad: tienen el papel que les define como simpapeles.